Tarot Rider-Waite sin misterios

Guía práctica y sin supersticiones para leer las 78 cartas

Aminata Sogaré

Créditos

Tarot Rider-Waite sin misterios

Guía práctica y sin supersticiones para leer las 78 cartas

Aminata Sogaré

Serie Rider-Waite sin misterios · tomo 1

Primera edición, 2026.

© 2026 Aminata Sogaré. Todos los derechos reservados. El texto de este libro no puede copiarse, almacenarse, distribuirse ni reutilizarse, en todo o en parte, por ningún medio, sin permiso previo y por escrito de la autora o de la editorial. Quedan permitidas las citas breves con mención clara de la obra y de la autora.

ISBN 978-3-99516-173-4

— Origen de las imágenes —

Las ilustraciones de las cartas son los diseños de Pamela Colman Smith para la baraja publicada por William Rider & Son en Londres en 1909. La obra es de dominio público. Los escaneos que aparecen en estas páginas proceden de Wikimedia Commons (categoría «Rider-Waite-Smith tarot deck»), que los marca como dominio público; en Commons los ficheros llevan la fecha de 1910. Se reproducen tal como están, sin recortes ni retoques de contenido.

— Antes de empezar —

Este libro es una invitación a mirar, preguntarse y conversar contigo mismo a partir de unas imágenes. Es reflexión y entretenimiento. Las cartas no predicen el futuro, no sustituyen el consejo médico, legal, psicológico ni financiero, y nada de lo que aquí se lee debe usarse para tomar una decisión importante sin contrastarla con una persona cualificada.

Si una preocupación te pesa más de lo razonable, habla con alguien de confianza o con un profesional. Un mazo de cartas puede acompañar una pausa para pensar; no puede encargarse de lo que le corresponde a un médico, a una abogada, a un psicólogo o a quien lleve tus cuentas.

Los casos que se cuentan a lo largo del libro, con sus nombres y sus situaciones, son ejemplos inventados para practicar. Cualquier parecido con una persona real es casual.

Índice

Antes de empezar 4

Parte I · ¿Qué tengo delante? 13
1 · Un objeto impreso con historia 14
2 · Las 78 cartas no son 78 veredictos 27
3 · El símbolo no tiene una sola traducción 41

Parte II · ¿Qué reglas necesito? 55
4 · Preparar sin obligación ritual 56
5 · Barajar, cortar y escoger un método 68
6 · Figuras e invertidas sin fatalismo 82

Parte III · ¿Qué puedo decir? 96
7 · Preguntas que respetan el alcance 97
8 · Del dibujo a una lectura actual 111
9 · Tres explicaciones todavía no son todas 123

Parte IV · ¿Cómo lo uso con responsabilidad? 135
10 · Una lectura completa sin sentencia 136
11 · La memoria puede cambiar el relato 149
12 · Conservar lo útil, dejar la dependencia 163

Parte V · Las 78 cartas sin misterio 177
13 · Las cartas que asustan 178
14 · Las cartas que prometen demasiado 194
15 · Las cartas que parecen hablar de otras personas 209
16 · Las cartas que parecen dar una respuesta 231
17 · Las cartas que parecen hablar de dinero, trabajo y salud 247
18 · Las cartas que parecen guardar un secreto 265
19 · Epílogo: lo que te llevas 279

Para consultar
Glosario 281
Las 84 afirmaciones 287
Índice de cartas 296
Para seguir leyendo 297

Antes de empezar

Este libro propone una forma de acercarse al tarot que no exige fe ni exige desconfianza: mirar la carta, preguntar de dónde sale cada afirmación y decidir con calma qué te llevas. Antes de abrir la baraja, aquí tienes las herramientas, la baraja que necesitas, una nota sobre izquierda y derecha y el modo de recorrer las páginas.

Al terminar esta introducción podrás

- explicar qué quiere decir «sin misterios» y qué no quiere decir;
- distinguir una afirmación que es dato de una que es convención, interpretación o promesa;
- saber qué baraja necesitas, cómo se leen «izquierda» y «derecha» en este libro y en qué orden conviene recorrerlo.

— Por qué «sin misterios» —

El título lleva una expresión que conviene aclarar enseguida, porque se presta a malentendidos. «Sin misterios» no quiere decir «sin magia», ni «sin gusto», ni «sin emoción». Si el tarot te atrae porque sus imágenes te hacen detenerte, porque barajar y sacar cartas es un rato tuyo o porque te invita a pensar en lo que traes entre manos, nada de eso se va a quitar en estas páginas. Es un placer legítimo, igual que lo es coleccionar láminas, completar un puzle o jugar a un juego de mesa con reglas bonitas.

Lo que sí se quita es otra cosa: el miedo y las reglas impuestas. Por miedo entiendo la inquietud con que mucha gente se acerca a una baraja: la sensación de que hay cartas que traen mala suerte, de que una lectura puede «sentenciar» algo, de que un gesto mal hecho desencadena un castigo. Por reglas impuestas entiendo todo lo que se te dice que «hay que» hacer sin que nadie explique por qué: que la primera baraja tiene que ser un regalo, que se corta con la mano izquierda, que no se lee de noche, que no se le presta a nadie. Quizá alguna de esas costumbres te resulte agradable. Pero una costumbre que te gusta y una obligación que te asusta son cosas distintas, y este libro quiere ayudarte a notar la diferencia.

La pregunta que sostiene todas las páginas es corta: ¿y eso de dónde sale? Puedes hacerla ante cualquier frase que oigas sobre el tarot, sea en un libro, en un vídeo, en una conversación de sobremesa o en tu propia cabeza. A veces la respuesta es «sale de lo que se ve en la carta», y entonces pisas terreno firme. A veces es «sale de una escuela de hace más de un siglo», y entonces tienes una tradición que puedes adoptar

o dejar. A veces es «sale de alguien que lo dijo con mucha seguridad», y entonces conviene darle menos peso. Y a veces ocurre que no sale de ningún sitio que se pueda comprobar. Ninguna de esas respuestas es un reproche para quien dijo la frase. Es solo información sobre cuánto pesa.

Tampoco hace falta que te lo tomes como un examen. La pregunta se puede hacer con buen humor y sin ganas de ganar una discusión. Quien te asegura que la Torre trae desgracias probablemente repite lo que oyó, igual que tú lo repetirías si nadie te hubiera enseñado a preguntar. El libro no está contra nadie: se limita a proponer que se mire con un poco más de detalle antes de dar algo por sentado.

«Sin misterios» tiene además una consecuencia práctica agradable: no necesitas iniciación, permiso ni talento especial para usar una baraja. Necesitas una baraja, algo de tiempo y ganas de mirar con atención. Lo demás se aprende, y se aprende mejor sin sustos.

— Las cuatro clases de afirmación —

Todo lo que se dice sobre el tarot cabe en una de cuatro casillas. El libro las usará siempre con los mismos nombres, así que merece la pena fijarlas ahora: *dato*, *convención*, *interpretación* y *promesa*. Para que no se queden en abstracto, las ilustraremos con dos cartas del Rider-Waite que te conviene tener a la vista: el Loco y la Torre.

Dos cartas para los ejemplos



El Loco



La Torre

Las dos cartas que sirven de ejemplo en esta introducción, en el diseño publicado en 1909.

Antes de seguir, mira las dos imágenes con calma, porque de ellas saldrán los ejemplos. En el Loco ves a un joven en lo alto de un peñasco, con el rostro de perfil vuelto hacia arriba y hacia la izquierda; lleva un palo al hombro con un hatillo

colgado del extremo, sostiene una rosa blanca en una mano y, a sus pies, un perro blanco pequeño salta hacia su pierna. El fondo es amarillo, hay un sol grande arriba a la derecha, montañas nevadas detrás y, arriba, el número 0. En la Torre ves una torre alta y gris sobre un peñasco; un rayo amarillo en zigzag cae desde la esquina superior derecha, una corona dorada sale despedida de la cima hacia arriba a la izquierda, salen llamas de las ventanas y dos figuras caen cabeza abajo sobre un cielo negro. Arriba lleva el número XVI.

Dato

Un dato es algo que puedes comprobar sin que nadie te lo crea de palabra: lo compruebas en la carta, en un documento o en un registro histórico. «El Loco lleva el número 0» es un dato de esta baraja: abres la carta y está. «La Torre lleva el XVI» también. «En la Torre cae un rayo en zigzag desde la esquina superior derecha» es un dato visual, y dos personas que miren la misma imagen coincidirán en lo esencial aunque lo cuenten con otras palabras. También son datos las cuestiones históricas que se pueden documentar, como que esta baraja se publicó en Londres en 1909; de eso hablaremos en el primer capítulo.

Un dato no es una verdad eterna. Es verdadero *de esa carta* o *de ese documento*. Si tu baraja es otra, el dato puede cambiar, y por eso conviene decir siempre «en esta baraja». Lo que lo distingue es que, si alguien lo discute, hay una manera de resolver la discusión sin recurrir a la autoridad de nadie: se mira.

Convención

Una convención es una regla de uso que una escuela, una tradición o un autor proponen y que tú puedes adoptar o no. No es verdadera ni falsa; es práctica o poco práctica, cómoda o incómoda. Leer las cartas invertidas, es decir, dadas la vuelta de arriba abajo, es una convención: hay quien lo hace y quien nunca lo hace, y ambas formas de leer son legítimas. Lo mismo ocurre con repartir las cartas en un orden concreto, con decidir que cada palo se asocie a un elemento o con fijar que una lectura tendrá cuatro posiciones y no cinco.

Lo más útil que puedes saber de una convención es que es opcional y que, si la adoptas, conviene mantenerla entera mientras dure la lectura. Cambiar las reglas a mitad de camino para que el resultado guste más no es una convención nueva; es una manera de no leer lo que salió. De eso trata buena parte de la segunda parte del libro.

Interpretación

Una interpretación es una lectura posible de lo que se ve, una entre varias. Decir que la Torre habla de un cambio brusco es una interpretación. También lo es decir que habla de una idea que ya no se sostenía y se derrumba, o de un susto que pasa. Las tres se apoyan en datos: hay un rayo, hay una corona que sale despedida, hay dos figuras que caen. Pero ninguna se deduce de forma obligada de la imagen, porque la imagen no trae instrucciones.

Las interpretaciones no son verdaderas o falsas; son más o menos convincentes. Una interpretación sólida se apoya en lo que se ve, deja claro de dónde viene cada paso y admite que otras personas lean otra cosa con razones igual de buenas. Una interpretación floja ignora media carta o se presenta como la única posible.

Promesa

Una promesa es lo que el tarot no puede garantizar: que algo va a pasar, que alguien siente algo, que el mes que viene cambiará tu vida. «Si sale la Torre, perderás tu trabajo» es una promesa. No hay modo de comprobarla de antemano, ninguna carta la respalda y nadie puede cumplirla en nombre de una baraja. La diferencia con la interpretación es sutil y decisiva: la interpretación dice «esta imagen puede leerse así»; la promesa dice «esto va a ocurrir».

Aquí no se hacen promesas ni se las da por buenas. Eso no significa que quien las haga mienta; muchas se dicen con sinceridad, por costumbre o por cariño. Pero tratarlas como lo que son, frases sobre el futuro sin comprobación posible, te libra de una carga bastante pesada.

Cómo se usan juntas

Las frases reales casi nunca vienen limpias: suelen mezclar varias clases en la misma oración. Tomemos esta: «La Torre, que lleva el XVI y muestra un rayo, siempre anuncia una ruina». Se puede separar en dos trozos. «Lleva el XVI y muestra un rayo» es dato. «Siempre anuncia una ruina» es una promesa absoluta: asegura un desenlace en tu vida. Con esa separación hecha, la frase deja de ser un bloque que impone y pasa a ser un conjunto de piezas que puedes examinar una por una: el dato te lo quedas y la promesa la dejas aparte.

Clase	Qué pregunta la reconoce	Ejemplo con la Torre	Qué haces con ella
Dato	¿Se puede comprobar mirando la carta o un documento?	La carta lleva el número XVI	Te la quedas, con la salvedad de «en esta baraja»
Convención	¿Es una regla de una escuela que puedo adoptar o no?	Leerla invertida cuando sale girada	La adoptas o no, y la mantienes entera
Interpretación	¿Es una lectura posible entre varias?	Un cambio brusco en lo que dabas por firme	La valoras por sus razones y la comparas con otras
Promesa	¿Afirma que algo va a ocurrir?	Perderás tu trabajo este mes	La separas y no la usas como base de ninguna decisión

Error frecuente

Pensar que «no es un dato» equivale a «no vale». Una convención puede ser muy útil, y una interpretación puede ayudarte a entender algo de tu situación o simplemente a ver mejor la imagen. Clasificar no sirve para desprestigiar una frase, sino para saber qué estás sosteniendo cuando la repites.

— Qué baraja necesitas —

Puedes seguir este libro con cualquier baraja Rider-Waite o Smith-Waite. Son dos nombres para el mismo diseño. «Rider-Waite» viene de la editorial Rider, que publicó la baraja en Londres, y de Arthur Edward Waite, que la encargó y escribió su libro de acompañamiento. «Smith-Waite» añade el nombre de la dibujante, Pamela Colman Smith, cuyo trabajo durante mucho tiempo quedó en segundo plano y hoy se reconoce con más justicia. Si ves una baraja que se anuncia con cualquiera de los dos nombres, es esencialmente la misma composición.

Las imágenes que aparecen en este libro reproducen el diseño de 1909, que es de dominio público. Por eso verás ahí los rótulos, los colores y el tipo de trazo originales. Tu baraja puede diferir en cosas menores: los colores pueden estar retocados, el tamaño puede ser mayor o menor, el papel puede ser distinto, los títulos pueden estar en otro idioma o llevar un marco de otro color. No pasa nada. En el primer capítulo explicaremos por qué hay tantos «Rider-Waite» diferentes y qué puede afirmarse de cada uno. Mientras tanto, si algo de lo que describo no coincide con lo que tienes en

la mano, mira primero la imagen del libro y después la tuya: casi siempre se trata de un retoque de la edición.

Si lees la edición impresa, las imágenes van en blanco y negro. Cuando el texto hable de un color, compruébalo en tu baraja o en una edición en color. La edición digital las muestra a color.

En cuanto a qué comprar, no tiene que ser cara ni especial. Elige un tamaño con el que te sientas cómodo barajando, comprueba que están las setenta y ocho cartas y no te compliques más. No hace falta que sea un regalo, ni que la bendiga nadie, ni que vaya acompañada de un manual propio; este libro cumple esa función. Y si todavía no tienes ninguna, también puedes leer el libro entero con las imágenes de sus páginas, porque la galería de la Parte V recoge las setenta y ocho cartas una a una.

— Izquierda y derecha: siempre según miras la carta —

Una nota breve que ahorra muchos equívocos. En este libro, «izquierda» y «derecha» se entienden siempre según miras tú la carta, como cuando miras una fotografía. Si digo «el sol queda arriba a la derecha», me refiero al lado derecho de la imagen que tienes delante. Cuando haga falta hablar desde el punto de vista del personaje, lo diré con claridad: «con su mano derecha» o «a su izquierda».

Veamos un ejemplo. En el Loco, el rostro de perfil se vuelve hacia arriba y hacia la izquierda de quien mira la carta; el perro blanco está abajo, a la derecha; el sol, arriba a la derecha. En la Torre, el rayo entra por la esquina superior derecha y la corona sale despedida arriba a la izquierda. Esas descripciones se pueden comprobar sin interpretar nada, y por eso son datos.

¿Por qué insistir? Porque confundir los lados es un error frecuente, y no es inocente. Cuando alguien afirma que el Loco «camina hacia la derecha» está describiendo mal una carta que podía haber mirado en medio minuto, y sobre esa descripción errónea monta después una lectura entera: si avanza hacia un lado o hacia el otro se ha explicado, a veces, como si apuntara al pasado o al futuro. Una lectura así hereda el fallo de la imagen. Para evitarlo, en este libro toda frase que diga lo que hay en una carta se escribe después de abrir la imagen y mirarla, nunca de memoria. Si una imagen no deja claro un detalle, no lo afirmo.

Pruébalo

Abre el Loco, tanto en el libro como en tu baraja. Sin leer nada más, apunta en una línea hacia dónde se vuelve su rostro y en qué lugar de la carta está el perro, siempre según miras tú. Después compara con lo que acabas de leer.

Criterio de respuesta: una buena respuesta nombra el lado desde tu posición, no desde la del personaje, y no añade ningún detalle que no veas con claridad. Si tu baraja difiere, anótalo: esa diferencia es un dato sobre tu ejemplar.

— Cómo usar este libro —

El libro está pensado para leerse dos veces de formas distintas: una primera de principio a fin, y luego como libro de consulta.

Las Partes I a IV van en orden, y te sugiero que las leas así. Cada una responde a una pregunta:

- Parte I, ¿Qué tengo delante? Los capítulos 1 a 3 tratan del objeto: de dónde viene esta baraja, cómo se organizan las setenta y ocho cartas y qué puede y no puede significar un símbolo.
- Parte II, ¿Qué reglas necesito? Los capítulos 4 a 6 repasan las costumbres que circulan sobre preparar, barajar y cortar, y sobre las figuras y las cartas invertidas, y separan lo que es cuidado material de lo que es costumbre.
- Parte III, ¿Qué puedo decir? Los capítulos 7 a 9 enseñan a formular preguntas que respeten el alcance de una lectura, a pasar de un dibujo a una frase actual y a buscar explicaciones alternativas antes de quedarse con la primera.
- Parte IV, ¿Cómo lo uso con responsabilidad? Los capítulos 10 a 12 llevan todo lo anterior a una lectura completa de cuatro posiciones, analizan por qué la memoria cambia el relato y proponen cómo conservar lo útil sin crear dependencia.

La Parte V es otra cosa. Contiene las setenta y ocho cartas, agrupadas en seis capítulos (13 a 18) según el tipo de afirmación que suele colgarse de cada grupo: las que asustan, las que prometen demasiado, las que parecen hablar de otras personas, las que parecen dar una respuesta, las que parecen hablar de dinero, trabajo y salud y las que parecen guardar un secreto. Cada carta aparece una sola vez, con su ficha. La Parte V se consulta, no se lee de una sentada, y asume que ya has leído las anteriores. Después vienen un breve epílogo con lo que te llevas y cuatro apéndices: un glosario de cuarenta términos, una tabla con las afirmaciones de los doce primeros capítulos, un índice de cartas y una bibliografía.

Los capítulos 1 a 12 comparten la misma estructura, para que sepas siempre dónde estás. Cada uno abre con una entradilla y tres objetivos, desarrolla tres secciones y propone la mesa del capítulo, un grupo de cuatro cartas que se comentan mirando cada imagen, con un detalle concreto para que mires tú. Después llegan las «siete cosas que se oyen»: siete afirmaciones frecuentes, cada una con su clase, de dónde sale, qué la haría verdadera y qué puedes hacer con ella. Hay doce capítulos con siete afirmaciones cada uno, es decir, ochenta y cuatro, cada una con su ángulo propio. Cierran el capítulo un caso ficticio, una tabla, una caja de error frecuente y dos ejercicios (el capítulo 6 añade un tercero).

Los casos son siempre inventados y se presentan como ejemplos: ninguna persona real aparece en ellos. Los ejercicios traen un criterio de respuesta, no una respuesta correcta. Eso es deliberado: lo que se evalúa es si tu razonamiento separa bien dato, convención, interpretación y promesa, no si adivinas qué «tenía que decir» una carta.

Las fichas de la Parte V tienen todas la misma forma, con seis encabezados: «Lo que se ve», «Lo que se dice», «De dónde sale», «Cómo leerla», «Lo que no permite afirmar» y «Palabras clave». Si una carta ya apareció en un capítulo anterior, su ficha no repite el argumento: lo propio de la carta y una remisión breve.

Un consejo práctico: ten a mano un cuaderno. Todo el libro está pensado para funcionar en papel, sin enlaces ni pantallas, y muchos de los ejercicios te piden escribir una o dos frases. Si las apuntas, descubrirás algo que nos ocupará en el capítulo 11: lo que apuntas y lo que recuerdas después no siempre coinciden.

— Descargo —

Este libro se ofrece como lectura de reflexión y entretenimiento. Las cartas no predicen el futuro, no leen la mente de nadie y no sustituyen el consejo médico, legal, psicológico ni financiero. Ninguna interpretación de estas páginas debe usarse para tomar decisiones sobre tu salud, tu economía, tus relaciones o tus derechos. Si algo te preocupa de verdad, consulta con una persona cualificada en ese campo o habla con alguien de confianza. El tarot puede acompañar una pausa para pensar; no puede ocupar el lugar de quien sabe de aquello que te inquieta.

— Qué no promete este libro —

No promete que vayas a acertar el futuro, porque nadie puede garantizarlo. No promete darte «el significado verdadero» de ninguna carta, porque las cartas no tienen un significado único y oficial. No promete que consigas ningún don, ni que tu

lectura mejore si repites cierto gesto. Tampoco promete convencerte: si al terminar sigues pensando que alguna regla de las que aquí se cuestionan te sirve, estupendo; lo que se pretende es que la elijas sabiendo qué es.

Lo que sí ofrece es más modesto y más útil. Te enseña a distinguir cuatro clases de afirmación, a conocer las setenta y ocho cartas por lo que muestran, y a hacer una lectura de cuatro posiciones como una conversación contigo mismo, sin miedo y sin sentencias.

Hay temas que quedan fuera a propósito. Este libro no desarrolla la tirada de tres cartas: de su gramática, del orden de las cartas y de cómo sintetizar tres imágenes se ocupa el segundo tomo de la serie, *El método de las tres cartas con el tarot Rider-Waite*. Tampoco hace un compendio de cartas invertidas (aquí solo se explica que son una convención opcional), ni un atlas de símbolos detalle a detalle, ni un repertorio de tiradas, ni consejos sobre amor, ni orientación para leer a otras personas, ni una historia extensa del tarot. No es el tema de este libro.

— Antes de pasar la página —

Una práctica corta para cerrar la introducción. Úsala como calentamiento: en el capítulo 1 empezaremos con una baraja de verdad.

Pruébalo

Clasifica estas cuatro frases en dato, convención, interpretación o promesa, y escribe una línea con la razón:

1. «El Loco lleva el número 0 en esta baraja.»
2. «Cuando una carta sale invertida, se lee al revés.»
3. «El Loco habla de empezar un camino sin saber adónde lleva.»
4. «Esta semana harás un viaje.»

Criterio de respuesta: una buena respuesta explica de dónde sale cada frase, no solo qué etiqueta le pones. La primera se comprueba en la carta. La segunda es una regla de lectura que se adopta o no. La tercera es una lectura posible de la escena, y quien la defienda debe poder señalar qué elementos de la carta la apoyan. La cuarta afirma algo sobre el futuro que ninguna carta puede garantizar. Si dudas entre dos clases, no pasa nada: es habitual que una frase mezcle varias, y lo importante es poder decir cuál es cada parte.

Con esto tienes lo necesario. Ahora, la baraja.

Parte I

◆ ¿Qué tengo delante? ◆

Capítulo 1

Un objeto impreso con historia

La baraja que casi todo el mundo llama Rider-Waite es un objeto fabricado en un lugar y en un año, por personas concretas, y con un nombre que ya trae una pequeña confusión dentro. Este capítulo la mira como lo que es antes de preguntarle nada: un producto impreso con encargo, dibujante, editor, fecha y una larga cadena de copias. Saber eso te ahorra repetir como verdades varias frases que circulan sin que nadie recuerde de dónde salieron.

Al terminar este capítulo podrás

- distinguir quién encargó, quién dibujó y quién publicó la baraja, y qué dice y qué calla cada parte de su nombre;
- separar lo que se sabe del origen del tarot (un juego de cartas del norte de Italia, en el siglo XV) de lo que se propuso después (el origen egipcio, el libro secreto);
- decir con precisión si lo que tienes delante es una obra, un ejemplar, un escaneo o una reedición recoloreada, y qué puedes afirmar de cada uno.

— Quién hizo esta baraja —

Empieza por el nombre, porque el nombre ya cuenta una historia. «Rider-Waite» junta el apellido de una editorial con el de un hombre. Rider es la casa londinense William Rider & Son, que publicó las cartas en 1909. Waite es Arthur Edward Waite, escritor y estudioso de las tradiciones esotéricas, que concibió la baraja y encargó los dibujos. En ese nombre falta alguien: Pamela Colman Smith, la artista que hizo las imágenes. Por eso cada vez se ve más «Waite-Smith» o «Rider-Waite-Smith», abreviado RWS. En este libro uso «Rider-Waite» porque es la etiqueta que vas a encontrar en las tiendas, en las cajas y en casi cualquier conversación, pero no quiero que pierdas de vista quién puso el pulso al lápiz.

Hay tres funciones distintas y conviene no mezclarlas. Quien encarga fija un propósito y unas condiciones: qué quiere que muestre cada carta. Quien dibuja decide cómo se ve eso sobre el papel: la postura de un cuerpo, el color de un manto, dónde cae el horizonte. Quien publica paga la imprenta, pone su nombre en la caja y

vende. Cuando alguien dice «Waite dibujó las cartas» atribuye a una persona el trabajo de otra, y cuando alguien dice «Smith lo inventó todo» olvida que hubo un encargo con instrucciones. Cuánto puso cada uno es una cuestión que los estudiosos discuten y que yo no voy a resolver aquí. Lo que sí consta es que Waite, en el libro que acompañó a la baraja, nombra a Smith como la dibujante de las láminas.

Ese libro es *The Pictorial Key to the Tarot*, publicado por la misma editorial en 1910. Describe las cartas una por una, propone un método de tirada y se pensó como compañero de las cartas. Quedan, por tanto, dos fechas que la gente mezcla con frecuencia: 1909 para la baraja y 1910 para el libro. Si lees en algún sitio que «Waite escribió su tarot en 1909», fíjate en qué verbo se está usando y sobre qué objeto: la baraja es un objeto de imágenes, el libro es un texto, y no dicen exactamente lo mismo ni salieron de la misma mano.

Waite pertenecía a los círculos de estudiosos y practicantes del ocultismo de la Inglaterra de su época, entre ellos la Orden Hermética de la Golden Dawn, a la que se incorporó a finales del siglo XIX. Esa pertenencia explica en parte por qué muchas cartas están cargadas de símbolos que remiten a esas ideas. Pero dilo con cuidado, porque es una explicación razonable y no un dato que puedas ver en la imagen: nadie te garantiza, mirando un dibujo, qué pensaba exactamente quien lo encargó. Cuando llegues a la Parte V verás que cada ficha separa lo que se ve de lo que se dice y de dónde sale lo que se dice; esa separación nace precisamente aquí.

Un rasgo salta a la vista incluso para quien nunca ha tenido una baraja de tarot en las manos: las cartas numerales, las de los cuatro palos, llevan escenas con personas, objetos y paisajes, no solo el número de copas o de espadas colocadas en una cuadrícula. Más adelante hablaremos de lo que eso permite hacer con ellas. De momento quédate con una idea práctica. Cada vez que oigas una frase del tipo «según el Rider-Waite...», puedes hacerte una pregunta de tres salidas: ¿esto está en la imagen que dibujó Smith, está en el libro que escribió Waite o lo añadió alguien después? Las tres respuestas son legítimas, pero no valen lo mismo ni se comprueban igual. La imagen se mira. El libro se lee. Lo que se añadió después hay que preguntar a quién se debe.

— De dónde viene el tarot —

Antes de 1909 hay más de cuatro siglos de historia, y casi todos los malentendidos nacen de contarlos mal. Los primeros testimonios del tarot, hasta donde se conservan, son de mediados del siglo XV y del norte de Italia. No eran un

instrumento para consultar nada: eran un juego de cartas. A la baraja corriente de cuatro palos se le añadía una serie de cartas ilustradas que funcionaban como triunfos, y de ahí el nombre antiguo, *trionfi*, que más tarde se convirtió en *tarocchi* y, ya fuera de Italia, en «tarot». En una partida, un triunfo gana a cualquier carta de palo, igual que en muchos juegos de cartas actuales una carta de pinta ganadora supera a las demás.

Algunas de esas barajas se pintaron a mano para familias poderosas, como los Visconti y los Sforza de Milán, y por eso se han conservado: eran objetos caros que se guardaban. Piensa en ellas como en una vajilla de lujo del siglo XV, no como en un manual. La mayoría de las barajas de uso corriente, hechas de papel barato y manoseadas hasta deshacerse, desaparecieron sin dejar rastro. Esto introduce un primer aviso sobre las fuentes: lo que sabemos del origen depende de lo que sobrevivió, y sobrevivió sobre todo lo caro. En lugares como Francia, Italia o Austria se siguen jugando partidas con barajas de este tipo, un detalle que casi nunca aparece en los libros de divinación y que recuerda cuál fue su primera función.

Los documentos más antiguos que conozco hablan de juego y no de predicción. Las cartas se usaron para adivinar más tarde, y cuándo exactamente empieza esa costumbre es algo que no voy a fijar con un año, porque no puedo hacerlo con seguridad. Lo que importa de momento es la secuencia: primero fue un juego de cartas, con sus reglas y sus partidas, y solo después alguien empezó a mirarlo de otra manera.

Esa otra manera de mirarlo llega en el siglo XVIII. En 1781, el escritor francés Antoine Court de Gébelin publicó un volumen de su obra *Le Monde primitif* en el que sostenía que las cartas del tarot guardaban restos de un libro egipcio, atribuido al dios Thoth, que los sacerdotes habrían disfrazado de juego para que no se perdiera. Propuso incluso que la palabra «tarot» derivaba de dos voces egipcias que significarían «camino real». Es una hipótesis audaz, y de hecho tuvo un éxito enorme. Fíjate en lo que no tenía: ningún texto egipcio, ninguna pintura, ningún papiro que mostrara cartas parecidas. En 1781 nadie sabía leer los jeroglíficos, porque su desciframiento llegó en 1822. No había, pues, con qué comparar. La idea nace de una impresión, la de que esas imágenes parecen antiguas y llenas de sentido, y no de una prueba.

Después de Court de Gébelin la idea se fue pasando de mano en mano. Otro francés, que firmaba como Etteilla, la adoptó y empezó a usar el tarot como instrumento de adivinación en los años siguientes. A mediados del siglo XIX, Éliphas Lévi relacionó las cartas con las letras del alfabeto hebreo y con la cábala. Ya en 1888,

Samuel Mathers, uno de los fundadores de la Golden Dawn, publicó un breve texto sobre el tarot, y Papus, un autor francés, escribió una obra que apareció en inglés en 1896 con un subtítulo que se hizo famoso: «el libro más antiguo del mundo». Cada autor cita al anterior y añade un estrato. Es una cadena de citas, no una cadena de pruebas, y la diferencia es enorme aunque desde fuera parezca lo mismo.

Conviene decir qué hacemos con estos nombres. Mathers y Papus son fuentes buenas para saber qué creían y qué proponían los ocultistas de finales del siglo XIX, y eso forma parte de la historia de las ideas, que tiene su interés. No son fuentes para saber de dónde viene el tarot del siglo XV. Citarlos como si lo fueran es un error de uso, igual que citar un folleto turístico para fechar una catedral. En el resto del libro aparecerán solo como lo que dijeron.

Desmontar el origen egipcio no deja el tarot sin nada. Que sea un juego de cartas del norte de Italia no le quita valor como herramienta para pensar, igual que un ejercicio de redacción no pierde utilidad por haberse inventado en un aula y no en un templo. Lo que cambia es la honestidad del planteamiento: decimos «es una baraja del siglo XV que más tarde se usó para otras cosas», y no «es un saber milenario». Y de ahí viene la primera clasificación que vamos a manejar a lo largo del libro: que el tarot nace en Italia en el siglo XV es un dato, con sus documentos; que nace en Egipto es una interpretación del siglo XVIII; y que hay que creer en ese origen para que funcione es una promesa que nadie puede cumplir. Tres frases parecidas, tres clases distintas de afirmación.

— Obra, ejemplar y escaneo: por qué hay tantos «Rider-Waite» —

Si buscas «Rider-Waite» en cualquier tienda o en internet, aparecen decenas de imágenes que no son idénticas. No hay nada raro en ello: detrás de ese nombre se esconden cuatro cosas distintas, y se hablan mal entre sí cuando se confunden.

La primera es la *obra*: el conjunto de diseños de Smith y Waite, setenta y ocho cartas pensadas como una baraja. Es algo abstracto, igual que una novela no es ninguno de sus libros concretos. Se puede hablar de «la obra de 1909» sin tener a la vista ningún objeto. La segunda es el *ejemplar*: una baraja física concreta, impresa en un momento concreto, con su papel, su tinta, su tamaño y su desgaste. Un ejemplar impreso en 1909 y uno impreso hace unos pocos años son dos objetos de la misma obra. La tercera es el *escaneo*: una fotografía o digitalización de un ejemplar, que depende del aparato, de la luz, del recorte, de la corrección de color y de la

compresión del archivo. Las imágenes de este libro son escaneos de cartas impresas. Se aprecia a simple vista, porque en ellas se ve el borde del cartón con sus esquinas redondeadas y el tono crema del papel. Los créditos indican su procedencia digital, pero no identifican el ejemplar físico concreto del que se escanearon; yo no voy a afirmar nada más allá de eso. La cuarta es la *reedición recoloreada*: una edición posterior en la que alguien ha vuelto a colorear, y a veces a redibujar, las imágenes, con decisiones de paleta que no estaban en el ejemplar anterior.

Hay tantos «Rider-Waite» porque la obra circula libre y cada editor hace sus elecciones. Según los créditos de este libro, los diseños son de dominio público, de modo que cualquiera puede imprimirlos. Cada edición decide el grosor del cartón, el tamaño de la carta, si lleva borde blanco, el brillo del acabado, el diseño del reverso, la intensidad de los colores. Cuando alguien te dice «mi Rider-Waite tiene tal detalle», lo único que has aprendido es algo sobre su ejemplar. Para saber si ese detalle está en la obra tendrías que compararlo con otros ejemplares y con la fuente.

La etiqueta «1909» es una de las más usadas y de las peor usadas. Puede referirse a tres cosas muy distintas: la fecha de la obra, la fecha de una tirada concreta, o un aviso de derechos de autor impreso en una caja. «Original de 1909» es una frase ambigua precisamente por eso. Una caja que lleva el año no convierte en antiguo lo que contiene: puedes tener entre las manos una baraja fabricada ayer cuyo diseño se publicó por primera vez en 1909. Para distinguir un caso de otro hay pistas concretas. Mira la letra pequeña en busca del nombre del editor, del impresor y del año de la edición. Si hay código de barras, es una edición moderna, porque en 1909 no existían. Fíjate en el cartón y en el acabado: los plastificados brillantes y los cantos redondeados de fábrica son de tiempos recientes. Y si alguien afirma que su baraja es auténticamente antigua, el listón de la prueba sube: se espera documentación, no una frase en la ficha de venta.

El escaneo añade un problema propio. Dos escaneos del mismo ejemplar pueden parecer cartas distintas, y el mismo escaneo mirado en dos pantallas también. El amarillo del fondo del Loco, que en el escaneo de este libro es intenso, puede salir más pálido en otro, y el papel envejecido cambia el tono de todo lo demás. Por eso conviene desconfiar de las discusiones del tipo «el color auténtico del fondo es este»: dos imágenes en dos pantallas no bastan para decidirlo. La línea y la composición, en cambio, son estables. Dónde está cada figura, qué sostiene, qué hay detrás: eso se conserva de un escaneo a otro, y es sobre eso donde te vas a apoyar para leer.

Resumen de la sección, para que la uses: antes de decir «esta imagen es la del 1909», pregúntate si hablas de la obra, de un ejemplar, de un escaneo o de una

reedición. La tabla que viene después del caso del capítulo te servirá de guía.

— La mesa del capítulo: cuatro cartas de un mismo objeto impreso —

Antes de seguir con las frases que se oyen, vamos a mirar. Esta es la primera mesa del libro: cuatro cartas dispuestas en fila para verlas juntas, y no para leerlas. Cuando hablo de izquierda y derecha me refiero siempre a lo que ves tú al mirar la carta. Los títulos impresos en las cartas están en inglés, pero en este libro uso los nombres en español.

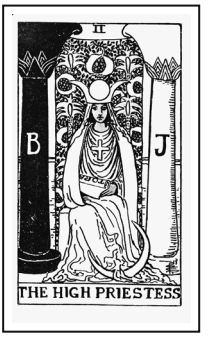
Cuatro cartas de un mismo objeto impreso



0 · El Loco



I · El Mago



II · La Sacerdotisa



XXI · El Mundo

Cuatro arcanos mayores de la misma baraja, vistos juntos antes de leer ninguno.

Son cuatro arcanos mayores: el 0, el I, el II y el XXI. Tres cartas del principio de la serie y una del final, con la del Mundo cerrando la lista. Elegí esas cuatro porque comparten algo: son cartas que cualquiera ha visto reproducidas y que todo el mundo asocia con «el Rider-Waite».

En El Loco, el número se escribe como un pequeño círculo, arriba, casi en el centro. Un joven está de pie en lo alto de un peñasco, con la cabeza levantada y vuelta hacia la izquierda de quien mira la carta. Sobre un hombro lleva un palo, que sujeta con la mano de la izquierda de la imagen y del que cuelga, arriba a la derecha, un hatillo. En la mano de la derecha de la imagen sostiene una rosa blanca. Un perro blanco pequeño salta junto a sus piernas, abajo a la derecha. Detrás hay un sol con rayos, un cielo amarillo y montañas nevadas.

El Mago lleva el número I en la parte de arriba. Una figura de frente, con una cinta blanca en la frente y un signo de infinito sobre la cabeza, viste túnica blanca y manto

rojo. El brazo de la izquierda de la imagen se alza con una vara blanca; el de la derecha baja y señala con un dedo hacia el suelo. A la izquierda hay una mesa con una copa, un disco marcado con una estrella de cinco puntas, una espada y una vara tendida en horizontal. Arriba cuelga una guirnalda de rosas, y abajo crecen rosas rojas y lirios blancos.

En La Sacerdotisa, con el II arriba, una mujer está sentada de frente entre dos columnas. La de la izquierda es negra y lleva una «B»; la de la derecha es clara y lleva una «J». Su tocado es un disco blanco entre dos medias lunas, y lleva un manto azul con una cruz blanca en el pecho. Sobre el regazo sostiene un rollo en el que se leen letras, y a sus pies hay una luna creciente amarilla. Detrás, un tapiz con granadas y palmas.

En El Mundo, con el XXI, una figura desnuda, en parte cubierta por una banda morada, parece avanzar o bailar con una pierna levantada, y sostiene una vara blanca en cada mano. La rodea una gran corona de laurel de forma ovalada, atada con cintas rojas arriba y abajo. En las cuatro esquinas, entre nubes, hay un rostro humano arriba a la izquierda, un águila arriba a la derecha, un toro abajo a la izquierda y un león abajo a la derecha.

Un detalle para mirar. En la esquina inferior derecha de El Mago, entre las flores del borde, hay una marca pequeña, con aspecto de monograma: unas letras entrelazadas que no pertenecen a la escena. Se suele leer como la firma de Pamela Colman Smith, es decir, sus iniciales. Esa lectura me parece razonable, pero vale la pena separar los planos: que la marca está ahí es un dato que ves; que sean sus iniciales es una interpretación bien apoyada, no algo que la imagen declare. Busca ahora en La Sacerdotisa, junto al borde derecho y a la altura del pie de la columna clara: hay otra marca de aspecto parecido. En El Loco no distingo ninguna con claridad en este escaneo; en El Mundo hay otra de aspecto parecido entre las nubes del borde derecho, por encima del león. Eso no prueba que no exista; un escaneo no lo muestra todo. Es un buen ejemplo de la prudencia que pide este libro: no digas «aquí no hay» cuando lo que has comprobado es «aquí no la veo».

— Siete cosas que se oyen —

«El tarot viene del antiguo Egipto»

Clase: pretende ser un dato; es una interpretación del siglo XVIII, sin documento que la respalde.

Ya vimos de dónde sale: la propuesta de Court de Gébelin en 1781, repetida y adornada por muchos después. Lo interesante es preguntar qué la haría verdad. Haría falta algo que uniera las cartas con Egipto de manera comprobable: una carta del tarot en un contexto egipcio antiguo, un texto que la mencionara, o una cadena documentada que fuera de Egipto a Italia pasando por los siglos intermedios. Nada de eso se ha presentado. Lo que existe es la semejanza que alguien vio en las imágenes, y una semejanza es un punto de partida para investigar, no una conclusión.

Hay un matiz que ayuda a no pasarse de severa. Las cartas de jugar de palos llegaron a Europa a finales del siglo XIV, y se suele señalar el mundo mameluco, con Egipto entre sus territorios, como una de sus posibles vías de entrada. Es otra historia: la de la baraja de palos, no la del tarot con sus imágenes de triunfos. Mezclar las dos produce la impresión de que «Egipto» tiene un fundamento donde en realidad hay dos hilos distintos.

¿Qué puedes hacer con la frase? Cuando la oigas, no hace falta discutir. Puedes preguntar con tranquilidad «¿esto de dónde sale?», y, si te responden con otro libro de tarot, te habrán dado una cita y no una prueba. Para tu práctica, el origen egipcio no añade ni quita nada: lees las cartas con sus imágenes delante.

«Waite dibujó las cartas»

Clase: dato, y se comprueba que no es cierto.

Esta frase suele venir de una abreviatura. Al llamarse «Rider-Waite» la baraja, es fácil pasar de «la baraja de Waite» a «las cartas que dibujó Waite». Pero los verbos importan. Waite concibió la baraja y dirigió el encargo; Pamela Colman Smith dibujó las imágenes; Rider las publicó. Que Waite nombra a Smith como dibujante en su libro de 1910 es una información que cualquiera puede comprobar abriéndolo. Y en el propio dibujo hay una pista material: la marca de la esquina de El Mago, que acabas de mirar en la mesa, se suele leer como las iniciales de la artista.

La frase sería verdad si hubiera pruebas de que Waite hizo los dibujos con su mano. No las hay, y todo el mundo coincide en que no los hizo. Lo que sí se puede afirmar, y con más precisión, es que Waite dirigió el contenido y que Smith lo dibujó. Cuánta libertad tuvo ella y cuánta dirección él, como te dije antes, sigue en discusión, y yo prefiero decirte «no lo sé» que repetir una versión cerrada.

¿Qué haces con ella? Usa el verbo exacto. «Waite encargó», «Smith dibujó», «Rider publicó» son tres frases cortas que caben en una conversación y que quienes te oigan agradecerán. Si te resulta pesado, el nombre doble Waite-Smith ya hace justicia a las dos personas sin necesidad de explicar nada.

«El Rider-Waite fue el primero con escenas en todas las cartas»

Clase: pretende ser un dato histórico; no puedo fijarlo, así que no lo afirmo ni lo niego.

Es una frase atractiva, porque convierte la baraja en un punto de ruptura. Sin embargo, hay una baraja italiana de finales del siglo XV, la llamada Sola Busca, que ya mostraba figuras con escenas en las cartas numerales. Eso basta para desaconsejar el «primero» a quien no pueda precisar de qué primero habla. Y a mí, que no he podido comprobar el conjunto de las barajas anteriores, no me basta con una impresión para afirmar nada, ni en un sentido ni en el contrario.

¿Qué la haría verdad? Una definición precisa. «El primero de uso corriente en inglés», «el primero publicado por una editorial comercial con escenas completas», «el primero que se difundió masivamente»: cada una de esas formulaciones se puede comprobar o refutar, y la frase tal como circula no se puede, porque no dice a qué se refiere. Fíjate en que, sin esa precisión, funciona más como eslogan que como dato.

Lo que sí se suele decir, y que presento como interpretación razonable y no como cifra medida, es que esta baraja contribuyó mucho a popularizar la costumbre de leer las cartas numerales por lo que muestran. Con eso me conformo. Y si te topas con el «primero», responde con calma: «¿primero en qué sentido?».

«Esta es la baraja original»

Clase: depende de qué quieras decir con «original»; es dato si hablas de la obra, y no se puede comprobar solo con esa palabra si hablas de tu ejemplar.

«Original» tiene al menos cuatro sentidos en este contexto, y quien lo dice rara vez aclara cuál. Puede significar el diseño primero, la obra de 1909, frente a las adaptaciones posteriores. Puede significar la primera tirada impresa, un ejemplar concreto de aquel año. Puede significar «no recoloreada», es decir, con la paleta de las ediciones más antiguas. Y puede significar, simplemente, «de marca», una forma de decir que no es una copia pirata. Son cuatro afirmaciones diferentes, con cuatro maneras distintas de comprobarlas.

La mayoría de cajas que se venden hoy como «originales» lo son en el primero o en el último sentido: el diseño es de 1909 y la edición es legal. Pero esa palabra, estampada en una caja, es un reclamo comercial, y la prueba de qué ejemplar tienes está en la letra pequeña: editor, impresor, año de edición.

¿Qué hacer con esta frase? Pregunta «¿original en qué sentido?» antes de pagar un precio, y distingue entre pagar por un buen diseño en un cartón agradable y pagar

por una pieza antigua. Si lo que quieres es leer, para tu práctica importa poco: te basta una edición legible que respete los dibujos. Y en este libro trabajamos con escaneos, de modo que no necesitas haber comprado nada especial para seguirlo.

«Los colores modernos son los auténticos»

Clase: mezcla de dato y de interpretación. Es un dato que existen ediciones con colores muy diferentes; que una paleta sea la «auténtica» es una interpretación difícil de sostener.

Esta frase nace de comparar. Alguien pone al lado una edición de colores vivos y un escaneo de una carta antigua, más apagada, y concluye que la primera «recupera los colores verdaderos». Otras veces se dice justo lo contrario, y la paleta antigua es la «auténtica». Para que alguna de las dos fuera verdad haría falta saber qué colores se pretendían: documentos de la artista, indicaciones de la editorial o algún ejemplar de referencia incuestionable. Yo no tengo nada de eso a mano. Además, los colores de un ejemplar impreso envejecen, cambian con la tinta y con la luz, y los de un escaneo cambian con el aparato y con la pantalla. Comparar dos imágenes no es comparar dos paletas originales, es comparar dos cadenas de circunstancias.

Hay otra cosa, esta sí comprobable, que conviene tener presente: la línea del dibujo, la composición y los símbolos se conservan en cualquier edición, y es sobre eso donde se apoya este libro. Si lees estas páginas en papel y en blanco y negro, las cartas aparecerán en tonos de gris: verás las figuras, los objetos y los gestos exactamente igual; solo faltará el color. En la versión en color, lo que ves es el color de un escaneo concreto.

¿Qué puedes hacer? Cambia «auténtico» por lo que realmente quieres decir: «me gusta más esta paleta», «esta edición me resulta más legible». Es una frase sobre tu gusto, y nadie puede discutírtela con razón.

«El tarot es un libro secreto»

Clase: interpretación de los ocultistas del siglo XIX, con una promesa implícita: que hay un sentido oculto accesible solo a quien conoce la clave.

Aquí la fuente es fácil de rastrear. Papus presentó el tarot, en la edición inglesa de 1896 de su obra, como «el libro más antiguo del mundo», y la idea de un saber escondido en las cartas se repite desde Court de Gébelin en los textos ocultistas que ya hemos visto. Que esos autores lo creyeran es un dato sobre ellos. Que lo que creían sea cierto es otra cosa, y para que lo fuera tendría que existir una clave documentada,

un conjunto de reglas que diera siempre el mismo mensaje a quien las aplicara. Nadie ha mostrado una así.

Hay además un detalle de sentido común. Un secreto es algo que se guarda. Las cartas del tarot se imprimen y se venden desde el siglo XV, y la propia baraja de Smith salió de una editorial comercial acompañada de un libro con el nombre de «clave» en el título: *The Pictorial Key to the Tarot*. Ese libro intenta explicar las cartas a quien quiera leerlo. Puede gustarte o no su explicación, pero dificulta la idea de que todo estuviera cerrado a los curiosos.

¿Y qué haces con la frase? Puedes sustituir «secreto» por «poco explicado», que es más exacto, y preguntar quién explicó qué y con qué base. Eso te devuelve el control: en lugar de esperar a que alguien te revele un misterio, miras las imágenes y compruebas, carta a carta, qué aguantan.

«Sin Rider-Waite no se lee bien»

Clase: convención de método y preferencia personal; no es un dato.

Es la afirmación más inocente de las siete, y la más fácil de entender: quien aprendió con esta baraja tiende a pensar que es la mejor, igual que muchas personas defienden el primer idioma extranjero que estudiaron. Hay otras barajas con otras tradiciones. Las de estilo marsellés, por ejemplo, muestran en las cartas numerales la disposición de los objetos del palo y no una escena, y quienes leen con ellas desarrollan métodos que se apoyan en los números y en las posiciones. No voy a comparar los métodos, que no es el tema de este libro, pero sí a decirte que existen y que no son una versión defectuosa del que aquí se enseña.

Para que la frase fuera verdad haría falta alguna manera de medir qué lecturas son mejores y comprobar que las que se hacen con esta baraja salen mejor paradas. Que yo sepa, no existe esa medida, y la propia idea de una «mejor lectura» depende de qué buscas con ella.

Lo que sí puedo decir sin exagerar es qué ofrece esta baraja y para qué sirve en este libro: cada carta presenta algo que se puede describir, una acción, un objeto, un gesto, y eso da un punto de apoyo a quien empieza. Si prefieres otra baraja, el método de separar lo que se ve de lo que se dice se adapta. Escoge la que puedas mirar con calma, que es la que vas a usar.

— Un caso: Lucía y la baraja «original de 1909» —

Imagina a Lucía, un caso inventado, como todos los de este libro. Lucía quiere empezar con el tarot y compra por internet una baraja por unos dieciocho euros. En la ficha de venta se lee «Tarot Rider-Waite, original 1909». Cuando llega el paquete, la caja es de cartón brillante, trae un código de barras y un librito de instrucciones, y las cartas son lisas, de cantos redondeados y con un acabado satinado. Escribe a una amiga: «Tengo una baraja de 1909». La amiga, que sabe algo del tema, le contesta: «Imposible. Eso costaría una fortuna».

Lucía no se queda tranquila y decide averiguar qué ha comprado. Hace cinco comprobaciones, una detrás de otra, y las apunta.

Primero lee la letra pequeña de la caja. Encuentra el nombre de un editor, la indicación de dónde se imprimió y un año de edición, que es reciente. Segundo, mira el código de barras y recuerda que, si lo lleva, la edición es moderna, porque en 1909 no existían. Tercero, toca el cartón y el acabado: no tiene aspecto de objeto de ese siglo. Cuarto, compara cuatro de sus cartas con las imágenes de este libro, empezando por El Loco, El Mago, La Sacerdotisa y El Mundo, y comprueba que la composición es la misma: dónde está cada figura, qué lleva en las manos, qué hay en las esquinas. Lo que cambia es el color: en su baraja, los tonos son más intensos y más limpios que en el escaneo. Quinto, escribe al vendedor y le pregunta: «¿Qué significa exactamente "original 1909"?». La respuesta llega al día siguiente: «El diseño es de 1909».

Con esos datos, Lucía puede decir con exactitud qué tiene. No tiene una baraja de 1909, un ejemplar de aquel año. Tiene una baraja moderna, con el diseño que se publicó por primera vez en 1909. El vendedor no le ha mentido del todo: ha usado «original» en el sentido de la obra, y ella lo había entendido en el sentido del ejemplar. La confusión estaba en la palabra, y la palabra la ponía el anuncio.

Lucía no se siente estafada. Quería una baraja con la que practicar, y la tiene. Pero cambia dos cosas: borra de su mensaje la frase «tengo una de 1909» y, cuando alguien le pregunte, dirá «es una edición moderna del diseño de 1909». Y decide guardar la caja, porque la letra pequeña es precisamente lo que acredita de qué se trata.

Lo que Lucía hizo, resumido, es pasar de un nombre a un objeto. Preguntó qué clase de cosa tenía entre las manos, la miró y comprobó. No hizo falta saber historia del arte.

Lo que cada cosa permite afirmar

Qué tienes	Qué es	Qué puedes afirmar	Qué no puedes afirmar
La obra	Los diseños de Smith y Waite como conjunto de 78 cartas, publicados en 1909	Que el diseño existe desde 1909, que lo concibió Waite, que lo dibujó Smith y que lo publicó Rider	Cómo era el color en ningún ejemplar concreto
Un ejemplar	Una baraja física impresa en un momento y un lugar	Su editor, su impresor y su año, si constan en la caja o en las cartas	Que sea de 1909 solo porque la caja lo diga
Un escaneo	La imagen digital de un ejemplar	Dónde está cada figura, qué lleva, qué hay a su alrededor	El color verdadero del original, que cambia con el aparato y la pantalla
Una reedición recoloreada	Una edición posterior con colores o trazos retocados	Que sigue el diseño de 1909 en lo esencial y que ha cambiado la paleta	Que sus colores sean los de la baraja primera, ni que sean peores o mejores

Error frecuente

No pongas «1909» a cualquier imagen ni a cualquier caja de cartas. El año 1909 pertenece a la obra, y de ella solo puede decirse que se publicó entonces. Una imagen concreta, si procede de un escaneo, tiene su propia fecha de digitalización. Una caja que lo exhibe puede estar diciendo «derechos de autor de 1909» o «diseño de 1909» sin que el objeto sea de esa fecha. Si escribes un pie de foto, di «diseño de 1909» y no «de 1909». Si vendes, compras o regalas una baraja, pide que conste el año de la edición y no solo el de la obra, y recuerda que un código de barras es prueba suficiente de que no estás ante una pieza antigua.

Pruébalo

Ejercicio 1. Obra, ejemplar, escaneo o reedición. Clasifica cada frase según hable de la obra, de un ejemplar, de un escaneo o de una reedición recoloreada, y añade a cada una la clase de afirmación a la que pertenece (dato, convención, interpretación o promesa): a) «Esta baraja se publicó en Londres en 1909»; b) «El fondo del Loco es de un amarillo intenso»; c) «La mía es de 1909, lo pone en la caja»; d) «Esta edición tiene los colores originales»; e) «El Mago lleva un signo de infinito sobre la cabeza».

Criterio de respuesta. Una buena respuesta no se limita a ponerle una etiqueta a cada frase: explica por qué esa etiqueta y no otra, y señala qué haría falta comprobar cuando la frase no se pueda dar por buena. Por ejemplo, la a) habla de la obra, y se puede respaldar con una fuente histórica; la b) habla de un escaneo o de un ejemplar, y su color depende de ese escaneo; la c) mezcla un ejemplar con un dato de la caja, y exige mirar la letra pequeña; la d) es una interpretación que necesita una referencia; la e) se comprueba mirando la imagen. Si tu clasificación difiere de la mía pero la justificas, tienes una respuesta válida.

Pruébalo

Ejercicio 2. La ficha de identidad de tu baraja. Coge una baraja de tarot que tengas, o una imagen de cualquier edición, y escribe cuatro líneas: qué sabes por la caja, qué sabes por las cartas, qué sabes por el escaneo o la fotografía si es el caso, y qué no sabes. Después marca con una cruz cada afirmación que dependa de la palabra de alguien más, del vendedor o del anuncio, y no de lo que has podido comprobar tú.

Criterio de respuesta. Lo que hace buena esta ficha es la honestidad de la última línea: reconocer lo que no sabes es parte del trabajo. Debe haber al menos una cosa que figure como «no sé» y una que figure como «lo sé porque lo he mirado». Si tu ficha dice «es antigua» o «es original» sin decir de qué, no sirve todavía. Si dice «edición moderna con el diseño de 1909, según la letra pequeña de la caja», es una ficha útil.

Capítulo 2

Las 78 cartas no son 78 veredictos

Una baraja de tarot tiene setenta y ocho cartas, y es fácil suponer que cada una lleva grabada su sentencia, como una etiqueta con el precio. Este capítulo ordena la baraja en sus dos familias y sus cuatro palos, explica qué dicen y qué no dicen los números y los nombres impresos, y propone mirar cada carta como una escena en la que alguien hace algo, no como un veredicto ya cerrado.

Al terminar este capítulo podrás

- Situar cualquiera de las setenta y ocho cartas en su familia y en su palo, y leer su número y su nombre sin confundirlos con una medida de importancia.
- Separar, en una carta que tengas delante, lo que se ve, lo que se suele decir de ella y lo que sería otra lectura posible.
- Convertir una frase tajante sobre una carta en una lectura condicional que puedas comprobar o descartar tú mismo.

— Dos familias y cuatro palos —

Cuando abres por primera vez una baraja Rider-Waite y la extiendes sobre la mesa, lo primero que se nota es que las cartas no son todas del mismo tipo. Unas llevan un número romano en la parte de arriba y un nombre propio al pie: El Emperador, La Fuerza, La Justicia. Otras llevan un número y un objeto: dos de copas, ocho de oros. Y hay dieciséis que, en los escaneos de este libro, no llevan número ninguno, solo el nombre de un cargo y el palo, como la Reina de Bastos. Ese reparto no es un capricho de imprenta. Es la estructura de la baraja, y conviene tenerla clara antes de preguntarse qué significa cada carta.

La primera familia son los *arcanos mayores*: veintidós cartas numeradas del 0 al 21, cada una con su nombre propio. La segunda son los *arcanos menores*: cincuenta y seis cartas repartidas en cuatro palos. Cada palo tiene catorce cartas, diez numerales (del as al diez) y cuatro figuras: la Sota, el Caballero, la Reina y el Rey. Los palos de esta baraja son Bastos, Copas, Espadas y Oros. La cuenta completa es $22 + (4 \times 14) = 78$, y merece la pena hacerla una vez, porque desmonta una intuición muy extendida: que las cartas «grandes» son la mayoría. No lo son. Los mayores son 22 de 78, algo menos de tres de cada diez.

La palabra «arcano» viene del latín y se refiere a algo oculto. Conviene tomarla como lo que es, un nombre de catálogo heredado de la tradición, y no como la promesa de que dentro de esas cartas haya un secreto reservado a unos pocos. Lo mismo vale para «mayor» y «menor». Son dos maneras de llamar a dos grupos, igual que una biblioteca separa la «sala general» de la «sala de consulta» sin que eso diga cuál de las dos guarda los mejores libros. Cuando alguien te asegure que los mayores «pesan más», puedes hacer la pregunta de cabecera de este libro: ¿y eso de dónde sale? Volveremos a ella más abajo, en las afirmaciones.

Una curiosidad de nombres que ayuda a no fiarse de las etiquetas: el palo que en español se llama de ordinario Oros aparece en los textos en inglés como *Pentacles*. En

el Ocho de Oros, que miramos en la mesa de este capítulo, las monedas llevan dentro una estrella de cinco puntas, y de ahí viene, en buena parte, el nombre inglés. Es el mismo objeto con dos nombres, y cada nombre arrastra su propia compañía de asociaciones: «oros» recuerda al dinero, «pentáculo» a un símbolo con estrella. Ninguno de los dos es el dibujo. El dibujo es una moneda con una estrella grabada.

Las dieciséis figuras necesitan una advertencia desde el principio. Se llaman también cartas de la corte, y llevan el nombre de un cargo y la imagen de una persona. Es muy tentador leerlas como retratos: la Reina de Bastos sería una mujer concreta de tu entorno, el Rey de Copas un hombre concreto. Esa lectura existe y la verás en muchos manuales. Es una de varias, y en el capítulo 6 la comparamos con la que toma las figuras como maneras de actuar. Por ahora basta con que sepas dónde están: son las cuatro últimas cartas de cada palo, las que van del 11 (Sota) al 14 (Rey) en la numeración que usa este libro.

Con todo esto puedes ubicar una carta en tres pasos. Primero, busca si pertenece a la serie de los veintidós arcanos mayores: llevan un nombre propio y un número, del I al XXI, más el 0 de El Loco. Segundo, si no, mira en la imagen el objeto de su palo: bastos, copas, espadas u oros. Tercero, distingue los numerales, del as al diez, de las figuras, que llevan un nombre de rango y de palo. Con eso la carta tiene dirección postal, y cualquier cosa que se diga después de ella será algo que se cuelga de una carta cuyo domicilio conoces. Parece poco y es la base de lo demás, porque muchos malentendidos con las cartas empiezan por no saber exactamente de cuál se está hablando.

Cada palo viene acompañado, en la tradición, de un elemento y de una zona de la vida. Esas asociaciones son convenciones de escuela y las examinamos en el capítulo 3. Aquí solo interesa lo material: un palo es un tipo de objeto que se repite a lo largo de catorce cartas, y su aspecto cambia de una escena a otra. Una vara que echa brotes, una copa dorada, una moneda con una estrella grabada: los objetos están en la imagen. Lo que cada uno represente habrá que examinarlo caso por caso.

— Nombres y números —

Mira las cuatro cartas de la mesa de este capítulo y lee lo que lleva impreso cada una. El Emperador tiene arriba el número IV y abajo su nombre en inglés, *THE EMPEROR*. El Dos de Copas tiene arriba el II y ningún rótulo. El Ocho de Oros, arriba el VIII y tampoco rótulo. La Reina de Bastos no tiene número, y al pie lleva *QUEEN of WANDS*. Es lo que hay en estos escaneos; otras ediciones reparten los

rótulos de otra manera. Pero la pauta de fondo es útil: los arcanos mayores llevan número y nombre, los numerales llevan número y las figuras llevan nombre. Número y nombre son datos de la carta: se comprueban mirándola.

Fíjate ahora en otras dos cartas, La Fuerza y La Justicia (las verás en los capítulos 8 y 5), porque guardan un detalle que desorienta a casi todo el que cambia de baraja. En esta, La Fuerza lleva el número VIII y La Justicia el XI. Compruébalo: arriba de La Fuerza, VIII; arriba de La Justicia, XI. En otras barajas, entre ellas las de tradición marsellesa, el orden es el contrario: la Justicia ocupa el VIII y la Fuerza el XI. Se suele explicar el cambio del Rider-Waite por las correspondencias astrológicas que la Golden Dawn atribuía a cada arcano; no hace falta entrar aquí en ello.

Lo que sí importa es la consecuencia práctica. Si lees una web o un libro que dice «la Fuerza es la carta 11», está hablando de otra baraja, no de la tuya. Si alguien te menciona «la carta VIII» sin decir cuál, tienes que preguntarle de qué baraja habla. Y si usas dos fuentes que numeran distinto, no hay error en ninguna: hay dos convenciones de numeración. Esa es la ventaja de que el número sea un dato visible: lo comparas con la carta que tienes en la mano y sabes de qué estás hablando, sin discutir.

Hay una segunda lección en ese VIII, y está en el Ocho de Oros. El mismo número aparece en La Fuerza y en el Ocho de Oros, y eso no las emparenta. En La Fuerza, el VIII indica un lugar en la secuencia de los veintidós arcanos mayores. En el Ocho de Oros, el VIII indica cuántas monedas hay, y en la imagen se cuentan ocho, una de ellas apoyada delante del joven que la graba. Quien te diga que «las cartas con el ocho comparten un sentido» está pasando de un dato (el número se repite) a una interpretación (ese número carga con un significado común) sin avisar de que ha cruzado una línea.

Los nombres plantean un problema distinto. El número se comprueba y el nombre se elige. «La Muerte» es el nombre de la carta XIII y «La Torre» el de la XVI. Un nombre es lo que la baraja llama a una carta para poder referirse a ella, igual que el número de una calle sirve para llegar a una casa y no cuenta lo que ocurre dentro. Además los nombres cambian: en tu baraja puede poner *Strength*; en una edición en español, La Fuerza; en otra, una traducción que mueva un poco el sentido. El nombre orienta la mirada, pero no la sustituye.

Un ejemplo con una carta que verás en el capítulo 8. *Strength*, en inglés, puede significar fuerza física, pero también aguante o entereza. «La Fuerza», en español, suele entenderse más del lado físico. Cuando llegues a su imagen, verás que la mujer tiene las manos sobre las fauces del león, baja la cabeza y cierra los ojos. Su gesto no